

José Pedro Barrán:

“¿Cómo pude haber escrito esto?”¹

Vania Markarian y Jaime Yaffé

Influencias

JY: Siempre que Ud. se ha referido a las influencias que reconoce en su formación a nivel de la historiografía uruguaya, menciona en primer lugar el nombre de Juan Pivel Devoto. Quisiéramos saber qué otras influencias reconoce en su formación y en su producción, no sólo historiográficamente hablando, sino también más en general, hablando de las influencias culturales o intelectuales en un sentido más amplio.

JPB: Bueno, la relación con Pivel es equívoca. Lo admirábamos mucho. Nos formó en el IPA [Instituto de Profesores Artigas], después nos ayudó en las primeras investigaciones que hicimos, nos dio líneas de trabajo que había que respetar y también un contrato que derivó en la historia económica del país.² Y yo sentía afecto por él. Al fin y al cabo le dedicamos varios libros. Le dedicamos por ejemplo –miren el absurdo– la *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904*, que no tiene nada que ver con él ni con sus pensamientos y que le pareció muy criticable precisamente porque no enfocamos el asunto desde el punto de vista político.³ Sin embargo, sé que le conmovió pues en esos momentos pasaba por las tribulaciones de la prisión política de su hijo y advirtió lo que quiso ser la dedicatoria, una prueba de solidaridad. También le dediqué –y ahora uso la primera persona pues ese libro es de mi autoría personal– el tomo quinto de *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*.⁴ Ese lo leyó y le pareció interesante. En realidad, el tono ensayístico de la

- 1 Esta entrevista, realizada en la casa de Barrán el 23 de mayo de 2007, adelanta la publicación de un libro de la colección Argumentos del CLAEH en la serie Conversaciones, en el que por separado fueron entrevistados Benjamín Nahum y José Pedro Barrán. La versión que aquí se publica fue corregida por Barrán en diciembre de 2007. Las notas al pie fueron incorporadas por Vania Markarian y Jaime Yaffé y, con excepción de las 5, 25 y 27, fueron sometidas a la revisión del propio Barrán. Las palabras entre paréntesis rectos fueron agregadas con posterioridad a la entrevista. Las referencias bibliográficas contenidas en las notas al pie remiten a las ediciones originales de las obras mencionadas por el entrevistado; entre paréntesis rectos se indican los datos editoriales de la traducción al castellano que fue posible identificar. Los editores agradecen la colaboración de José Rilla en el diseño y edición de esta entrevista y de Manuel Rilla en la desgrabación. También se agradece a Pablo Ferreira, de la Biblioteca del Palacio Legislativo, quien facilitó una copia de la respuesta de Barrán a una consulta parlamentaria referida en la nota 25, y a Mariana Iglesias, Andrés Bresciano y Ana Costa, que ayudaron en la identificación de otros documentos.
- 2 Juan E. Pivel Devoto, *Colección de documentos para la historia económica y financiera de la República Oriental del Uruguay 1: Tierras 1734-1810* (Montevideo: Ministerio de Hacienda, 1964). Barrán integró el equipo de trabajo que llevó adelante la investigación para esta obra con material documental preservado en el Archivo General de la Nación junto a Benjamín Nahum y Elisa Silva bajo la dirección de Pivel, por entonces Director del Museo Histórico Nacional, contando para ello con financiamiento del Ministerio de Hacienda. Véase al respecto el testimonio de Benjamín Nahum en *Cuadernos del CLAEH* 94-95 (2007), 268-9, y el propio Tomo I de la colección referida.
- 3 José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno IV: Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1972).
- 4 J. P. Barrán, *Batlle, los estancieros y el imperio británico V: La reacción imperial-conservadora, 1911-1913* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1985).

Historia social, del que no reniego, estaba ausente en éste, una investigación histórica más pura, dura, tradicional, más de su estilo.

En *Las raíces coloniales de la revolución artiguista*, de 1952, Pivel estudiaba ya los orígenes sociales y económicos del pensamiento artiguista.⁵ Pero él estaba centrado sobre todo en la historia política, era su obsesión, y nosotros en aquella época queríamos hacer otro tipo de análisis y renegábamos de ese padre y esas formas. Incluyo en esto a todo el grupo de historiadores marxistas, con Lucía Sala y Julio Rodríguez a la cabeza, también a los Oddone [Juan Antonio Oddone y Blanca París de Oddone] y otros como [Luis] Carlos Benvenuto, Roque Faraone y Leticia Soler. Nos reuníamos, formamos el grupo “Historia y presente” que por el sesentaitanto, creo que fue en 1964, publicó un manifiesto en *Marcha*, cuyo sentido final era alertar sobre los condicionamientos de la ayuda externa en el trabajo intelectual.⁶ Dios nos castigó. Luego, en plena dictadura militar, vivimos de ella, la que en verdad nunca nos exigió nada, como sí lo hacía el gobierno autoritario criollo.

Yo nunca fui marxista, no me agrada esa filosofía. Ya en aquellos años rechazaba la primacía explicativa de los factores económicos, pero creíamos que detrás de lo político había otros trasfondos: que el prisma de lo económico y social no podía ser esquivado. Y lo que sigue me explica mejor: también creía y creo que detrás de lo puramente económico existe lo social y cultural. En realidad, lo que no existe en la realidad es lo económico puro o lo político incontaminado; no se deben confundir las necesidades de todo discurso explicativo con lo real. Y Pivel no pensaba exactamente de este modo.

Gustavo Beyhaut, profesor en el IPA, era el gran renovador junto con Rogelio Brito Stifano [otro profesor del IPA], un hombre de una cultura vastísima, el primero al que oí vincular antropología con historia y lo hacía muy bien, al punto que no era fácil determinar qué sabía más, si antropología o historia. Y ese enfoque se transformó en otro de mis nutrientes, de los más ricos y sugestivos. Brito, sin saberlo ni él ni yo, tocó una de mis fibras íntimas, aquella que me alimentó siempre, el saber histórico enriquecido por las otras disciplinas humanas, particularmente la antropología y la psicología; también el partir del concepto de que si todo se puede decir con sencillez, nada, y menos lo humano, es simple.

Pivel nos dio sobre todo la idea de que para hacer historia hay que primero (y segundo y tercero) investigar las fuentes primarias. Era muy exigente y minucioso: hay que tener primero los ladrillos para después atreverse a edificar la casa. Y los ladrillos eran los documentos, a los que había que seleccionar e interpretar y, ahora lo sé, leer del derecho, del revés, con el amor con que se escruta el cuerpo amado (y el propio cuando se le teme).

Intentar hacer historia económica y social era poner el país al día, o eso creíamos. Nos inspirábamos en la historiografía europea de la época, dominada por los franceses. En ese plano, fue decisiva, aunque no única, la influencia de Guido Brunetto [también profesor del IPA], que no había escrito nada pero era un hombre de unas lecturas muy amplias. Hablarte de [el historiador francés] Marc Bloch en aquella época era raro y que alguien te señalara como libros de cabecera *La sociedad feudal* (no sé si alguien lee ahora a ese libro formidable) o *Los reyes taumaturgos*, que no

5 Juan E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales de la revolución artiguista* (Montevideo: Editorial Medina, 1952).

6 Probablemente Barrán se refiera a un cuestionario formulado por Jorge Ruffinelli, encargado de la sección literaria del semanario *Marcha*, donde se expresó como vocero del grupo. Ver “Historia y presente: Problemas de investigación”, *Marcha*, 13 de marzo de 1970, 30. Allí consta que también integraban el grupo Nelson de la Torre y Julio Millot; en cambio, no se menciona el nombre de Leticia Soler.

ha sido superado, era realmente novedoso y estimulante.⁷ En los años cincuenta ya había historias del tiempo y una historia de la cultura como fuente integradora de toda la historia. Leímos a Bloch, a Lucien Febvre (su *Lucero* aún me emociona)⁸, a [Fernand] Braudel y después a [Georges] Duby [todos historiadores franceses]. [El historiador de la demografía europea] Pierre Chaunu me apasionó desde el comienzo y fue otra gran influencia. En *El Uruguay del 900* se intenta explicar la evolución demográfica del Uruguay desde sus modelos demográficos.⁹ Aunque es muy primaria, esa explicación tiene a Chaunu como maestro. Al final de mi formación intelectual, por supuesto, [el filósofo e historiador Michel] Foucault...

VM: Eso viene mucho después.

JPB: Sí, pero lo que quiero decir es que en mi formación continua de hacer historia, están los franceses. Cuando [Benjamín] Nahum fue a Europa me trajo hacia 1989-90, no lo recuerdo bien, como curiosidad el libro de Lucien Febvre [y otros] *La sensibilité dans l'histoire*. El título era curioso para mí que terminaba de escribir y publicar la *Historia de la sensibilidad*.¹⁰ A esa altura esa coincidencia me pareció un signo, la historiografía francesa era mía, me la había apropiado. Faltaría saber si ellos me reconocerían siquiera como hijo natural...

Teoría e historia

VM: A los estudiantes y a los lectores nos suele sorprender que, aun reconociendo esas influencias en los libros, ellas están poco explicitadas. El aparato erudito, como diría [el historiador uruguayo] Carlos Zubillaga, no está explicitado, no está presente.

JPB: Hay una diferencia entre los que nos formamos en el IPA y los que lo hicieron en la Facultad de Humanidades, un medio académico más tradicional, menos “contaminado” con la necesidad de la enseñanza, el público común y la divulgación como virtud. Aún hoy no creo en la música hecha para los músicos: me atrae más Richard Strauss que Max Reger. En la Facultad se enseña a mostrar el “aparato erudito” que a veces ocupa más de la mitad de un libro de historia de los egresados de la Facultad de Humanidades. Pero yo no salí de la Facultad, salí del IPA donde obtuve otra formación.

Además, me inspiré directamente en los libros franceses de historia, particularmente en Bloch y en Febvre, y allí se comenzaba con la exposición del tema. La erudición era la prueba y no la sustancia del texto y aparecía como nota al pie. Lo que me maravilla siempre de Foucault es que comenzaba a escribir los libros de historia con el análisis minucioso de un documento, que entra de lleno a la materia.

7 Marc Bloch, *Les rois thaumaturges: étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre* (Estrasburgo: Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, Estrasburgo, 1924) [*Los reyes taumaturgos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988)]; *La société féodale: Les classes et le gouvernement des hommes* (París: Albin Michel, 1939); *La société féodale: la formation des liens de dépendance* (París: Albin Michel, 1940) [*La sociedad feudal* (Madrid: Akal, 1986)].

8 Lucien Febvre, *Un Destin: Martin Luther* (París: Presses Universitaires de France, 1928) [*Martín Lucero: un destino* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956)].

9 J. P. Barrán y B. Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico 1: El Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979).

10 Roger Chartier, Georges Duby, Lucien Febvre, Pierre Francaestel y Robert Mandrou, *La Sensibilité dans l'Histoire* (Saint-Pierre-de-Salerno: Gérard Montfort, 1987).

Yo rechazo el protagonismo del aparato erudito pues el historiador debe ser una persona que cuenta, un narrador antes de todo. Ir de lleno al asunto tiene la virtud de ir sobre la vida de ese pasado, la existencia real del hombre concreto y atraer al lector. Por eso es tan importante cuidar el estilo, el que te permite ser sutil y a la vez directo. Un libro como *Vigilar y castigar*, que empieza con la descripción del acto de tortura del regicida de 1757 en París, te atrapa de entrada.¹¹ Entre paréntesis, ¿sabían que una descripción del mismo hecho fue hallada entre los papeles secuestrados por las autoridades españolas a los jesuitas expulsados de Montevideo en 1767? ¿Qué significado o significados tenía ello? No lo sé, pero el hecho probablemente sea parte del gran tema: el poder de la Compañía de Jesús y su relación con los monarcas. Retornando al texto de Foucault: recién después de esa descripción empieza a especular y es una maravilla. Traté de hacer lo mismo en la *Historia de la sensibilidad* y en *Amor y transgresión*.¹² Y casi siempre hago eso, lo prefiero.

Además, ¿saben lo que es el terror de la página en blanco para el que tiene que escribir? Si entrás en la materia de inmediato, hacés un relato, la llenás. Después viene lo otro. El relato de un episodio, el análisis minucioso de un solo documento puede revelar toda una época. Pero esto va un poco a contramano de lo que se suele enseñar en las ciencias sociales: primero mostrar el “marco teórico” y luego “la materia histórica”. El marco teórico apasiona demasiado: hay que citar a todos los autores que están de moda, lo que tiene su valor, naturalmente. Pero a veces, insisto, los marcos teóricos ocupan la cuarta parte del libro. Y a menudo son más ricos conceptualmente que lo que sigue. Un libro de historia no es exactamente lo mismo que una tesis de doctorado, un profesor de contrapunto no es Bach.

VM: Es bastante decepcionante.

JPB: Si, resulta que la persona leyó todo para pensar, pero cuando va a presentar el material, es más pobre su aporte que el marco teórico.

VM: Pero también se puede argumentar que lo que uno hace ha de servir para que otros revisen, deconstruyan, despejen lo que el historiador escribió. Me extraña al leer su obra que no se explíciten esas referencias. Estoy de acuerdo que es mucho más atractivo...

JPB: No busco que sea atractivo. Quiero, eso sí, que me divierta escribir, llegar a pensar que realmente toqué algunos resquicios de ese pasado y que puedo hacer notar aspectos originales de ese pasado. Procuero ser objetivo, pero con la objetividad tengo un problema, la busco sistemáticamente porque creo que es una de las virtudes claves del historiador. Es difícil llegar a ella y a veces me da la sensación de que en algunos planos no hay más remedio que traicionarla. He leído tantos textos tan poco objetivos, tan llenos de ideología y pasión. Por contraste les diría que un hombre que siempre me llamó la atención por su elegancia al escribir y por el manejo bastante objetivo que hace en el relato histórico es [el historiador uruguayo] Juan Antonio Oddone.

Por lo demás, deconstruir los discursos –que son siempre parte del poder– se puede y se debe siempre. Y puede incluso ser una tarea más sencilla hacerlo con quien no muestra de inmediato el origen de sus interpretaciones. Hasta se le podría acusar de ni siquiera advertirlas. Pero dejemos este talón de Aquiles... no sin recordar que mis colegas marxistas leyendo la *Historia rural* nos dijeron que también lo éramos, sin saberlo...

11 Michel Foucault, *Surveiller et Punir: Naissance de la prison* (París: Gallimard, 1975) [*Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI Editores, 1976)].

12 J. P. Barrán, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay 1: La cultura bárbara e Historia de la sensibilidad en el Uruguay 2: El disciplinamiento* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1989 y 1990); *Amor y transgresión en Montevideo, 1911-1931* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001).

Los temas y las preguntas

JY: ¿Cómo elige los temas? ¿Las preocupaciones surgen de la lectura de otros autores que despertaron su interés, de un documento que le abrió un mundo, de una preocupación del presente que estaba demandando explicación al pasado?

JPB: Las preocupaciones de los sesenta se notan en *La historia rural*.¹³ La obsesión de la época y la izquierda era el latifundio. Era el gran enemigo, el gran mal y el hacedor del mal. Allí el presente influyó de mala manera porque pervirtió el análisis documental, tendió a hacernos producir una obra que a veces contenía afirmaciones terminantes y esquemáticas. En otros casos, la investigación se impuso y logramos probar que hubo una clase media rural que fue importante. Rompimos un poco aquello de que el mal dominaba pues sólo él existía. En *La civilización ganadera bajo Batlle*, título inspirado en Braudel (en aquella época solo pensábamos en civilizaciones), comprobamos que todo era más complejo en la sociedad ganadera.¹⁴ La documentación nos abrió los ojos y rompió el esquema muy consolidado en la izquierda. Esto pasa: vas con una idea y la documentación te la hace variar. Por eso es tan importante la objetividad. El apego a la documentación te recuerda que todo es complejo y difícil, por suerte, y porque lo humano lo es.

JY: ¿Qué lecturas incidieron en la selección de sus temas?

JPB: Por ejemplo, las tesis de la *Historia de la sensibilidad* surgieron claramente de la lectura de Foucault y de [Sigmund] Freud. A Freud lo cité una sola vez, su pequeña obra maestra, *El malestar en la cultura*.¹⁵ Un psicoanalista amigo me hizo notar que había escrito “el malestar de la cultura”, que no es exactamente lo mismo y que ese “error” me revelaba como persona...

La visión de la evolución histórica que Freud da en ese texto es exactamente la que aparece riñendo el tránsito de *La cultura bárbara a El disciplinamiento*, término este último que proviene de Foucault. Es un concepto que me alimentó para hablar del disciplinamiento de la sociedad. Freud no lo llama así. Lo llama civilización, cultura. Pero la idea del pasaje de lo bárbaro, del hombre cercano a sus pulsiones, al estado del hombre civilizado, que las controla, las disciplina en aras de la moral o de la producción, viene de Freud. Y después –confesión de mi ignorancia bibliográfica en aquel entonces– he hallado esta misma explicación del “proceso de la civilización” en la obra atrapante de Norbert Elías...

VM: ¿Por qué estaba leyendo a Freud?

JPB: El contacto con los psicoanalistas para mí ha sido muy importante. Me han hecho leer varias cosas de Freud. En la época de la dictadura ¡había que vivir en aquel país tan provinciano, necio, empobrecedor! Cada vez que íbamos a Europa y traíamos libros, con Nahum, era como estar en el paraíso. Pero a mí lo que me encanta de Freud es cómo elabora sus hipótesis, cómo las

13 J. P. Barrán, y B. Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967-1978).

14 J. P. Barrán y B. Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno VI: La civilización ganadera bajo Batlle, 1905-1914* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1977); Fernand Braudel, *Civilisation materielle et capitalisme, XV^e-XVIII^e siecle I: Les structures du quotidien* (Paris: Armand Colin, 1967) [*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII I: Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* (Madrid: Alianza Editorial, 1984)].

15 Sigmund Freud, *Das Unbehagen in der Kultur* (Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1930) [*El malestar en la cultura* (Madrid: Alianza Editorial, 1970)].

desarrolla sólo con el pensamiento. Es lo contrario a un historiador. Es tan fino para ir construyendo sus ideas que parece que fuera descubriendo lo que finalmente constituye su tesis.

También en la *Historia de la sensibilidad* hay una necesidad de volver a mi adolescencia y estudiar lo que Bloch había sugerido: la historia de la sociedad a través de las formas de su cultura, de la vida cotidiana, que no es lo mismo pero se parece. A esa posibilidad yo aspiré siempre. Incluso en *La historia rural*, hasta en el tomo 1, había esa intención que a Nahum lo ponía un poco incómodo. Decía: “No, lo nuestro es la historia de las vacas... de la ganadería.” Y yo quería hacer otra cosa. No sé si podía hacer historia de la cultura en los sesenta. No estaba preparado ni como intelectual ni como individuo.

Por otro lado, desearía señalar otra fuente de mis temas y mi formación, y del tipo de preguntas que se me ocurren: la música. He escrito sobre los fines del siglo XIX y el Novecientos, especialmente y, en consonancia que me sorprende y me explica, a la vez oigo de preferencia a los compositores de ese mismo período, sobre todo a los posrománticos y la escuela de Viena en parte: Bruckner, Mahler, Berg. Esa coincidencia no es casual, también aprendo a “leer” el pasado, oyéndolo. Creo haber aprendido tanto de la segunda mitad del siglo XIX oyendo a Wagner y a Verdi como leyendo documentos de época pues ellos también lo son. Pero esta “originalidad” es realmente personal y no sé si aconsejable.

De la historia rural a la historia de la sensibilidad

JY: Desde que trabajó en la *Historia de la sensibilidad* ha tomado distancia de la historia económica, diciendo que no podría investigar en esos temas porque hoy se hace de una forma muy diferente. Eso nos lleva a preguntarnos si lo que hacían con Nahum en los sesenta y los setenta en verdad era estrictamente historia económica.

JPB: No, en *La historia rural*, no. Allí se intenta hacer un análisis de todos los factores que influían en la economía, que son económicos, por supuesto, y extraeconómicos, los que a mi más me apasionan porque aluden a formas de la cultura. En *La espiritualización de la riqueza*, que es uno de mis libros que más me agrada, todo esto fue escrito con mucho cuidado y la investigación no es mala.¹⁶

JY: Sin embargo, es el libro suyo que menos se menciona.

JPB: Es cierto. Pero hay un análisis que en parte deriva de mis conversaciones con [el historiador argentino] Fernando Devoto y algunas lecturas que él me proporcionó donde estudio los factores extraeconómicos que influyen en la economía y procuro desterrar la idea de que lo único que influye o pesa es la economía.

JY: Lo mismo pasa cuando hace la crítica al estructuralismo, al condicionamiento del individuo por las estructuras...

JPB: Yo nunca creí eso, tampoco cuando estábamos escribiendo *La historia rural*. Creíamos que las estructuras tenían un valor relativo y esa afirmación era en aquel entonces minoritaria. Que uno verdaderamente se atreviera a decirlo, en el contexto de los que ya escribían historia social y económica, más raro aun.

JY: Está ahora diciendo cosas para las que no había espacio en ese momento.

16 J. P. Barrán, *La espiritualización de la riqueza: Catolicismo y economía, 1730-1900* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1997).

JPB: Ni mucha conciencia.

JY: Pero parece que no era para tanto...

JPB: ¡No! *La historia rural*, sin falsa modestia, me parece una buena serie. Está llena de datos e interpretaciones que revelan incluso el apartamiento de obsesiones de la época. Lo que pasa es que hay algunas frases con las que me encuentro cuando ahora busco un dato que me parecen asombrosas. Como en el primer libro que escribimos con Benja[mín Nahum]. La frase es mía, la puse yo, sobre Artigas. Es la frase final. Me atreví a escribirla y estaba contentísimo: “Las ideas de Artigas siguen siendo letra muerta en la realidad viva de América Latina.” Es asombroso. ¿Cómo pude haber escrito eso? Era como *Las venas abiertas*, que no había sido publicado entonces.¹⁷

JY: Acaba de salir otra reedición de las *Bases Económicas de la revolución artiguista*.¹⁸

JPB: Todavía se lee. Y se vende en parte porque es un libro chiquito, en parte porque está escrito de una manera sencilla y porque logramos separarnos de la historiografía marxista que sostenía que la revolución era exclusivamente social y que tenía por objetivo el reparto de tierras. Nosotros vimos que –ahí influyeron bastante algunas ideas y lecturas de [Gustavo] Behyaut– que no era tan simple y que había que preguntarse en primer lugar, si el gaucho quería de verdad la tierra. Había habido menos repartos de lo que se pensaba. Si bien eso no puede ser probado, tampoco puede ser probado lo otro.

JY: Pero hay muchas otras cosas atendibles en aquella *Historia Rural*.

JPB: En el tomo 1 hay apuntes sobre la influencia de la cultura en la economía rural. En el tomo 5, ya no unos apuntes, sino capítulos enteros dedicados a analizar cuál era el comportamiento económico de los grandes estancieros, sobre todo de los atrasados, derivado de su relación antropológica y cultural con la tierra. Ahí tuvimos una linda discusión, porque la tierra es algo más que lo económico. Es muy importante históricamente la capacidad de adhesión asombrosa de la persona a la tierra. También era muy importante la relación del hombre con el ganado (esto lo aprendimos de lecturas de un profesor que enseñaba en el Liceo Francés, Gerard Prost, un hombre de cultura excepcional) y también de la enseñanza de [otro profesor del IPA] Rogelio Brito que hablaba de nosotros como “pueblos pastores”. Esas ideas conducían a una visión antropológica y no economicista.

JY: Y la serie *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, ¿cómo se ubica en el conjunto de su obra?¹⁹ Representa un pasaje por lo político bastante más intenso con respecto a la *Historia rural del Uruguay moderno*.

JPB: Si, pero allí lo social también está siempre presente, lo contamina todo.

JY: La historia política, su desarrollo historiográfico, ¿es hija de la dictadura?

JPB: Si, en aquel entonces Batlle era el cuco. No pudimos, incluso, publicar algunos documentos que decían cosas tales como “el soldado es un salto atrás en la evolución”. ¡Es genial! Batlle no decía eso. Él era colorado. Pero los anarquistas que escribían en *El Día* sí, y se las dejó pasar, en 1908 o 1909.

17 Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1971); ediciones simultáneas: Casa de las Américas, La Habana; Siglo XXI Editores, México, Buenos Aires, Madrid, Bogotá.

18 J. P. Barrán y B. Nahum, *Bases económicas de la revolución artiguista* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1964).

19 J. P. Barrán y B. Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, 8 tomos (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979-1987).

Historia social, historia cultural

VM: ¿Se puede hacer historia cultural y antropológica sin tener el bagaje de la historia social y económica?

JPB: Ah no, ese tipo de historia personal y cultural, con la base de la historia social se siente mucho más firme.

VM: Quiero preguntarle algo que me ocurre cuando leo a un historiador como [el italiano] Carlo Ginzburg, cuya obra admiro como a la suya. Pienso siempre que no se puede enseñar esa forma de hacer historia porque es fruto de una trayectoria personal, de una erudición que no se transmite. Entonces la pregunta sería: ¿Se puede enseñar a ser historiador? ¿Qué función cumple la historia académica en esa concepción que usted tiene? Su idea del trabajo histórico (sobre todo como fue presentado en el discurso del otorgamiento de su doctorado honoris causa)²⁰ ¿no tiene, por seductora que sea, algo de engañosa cuando se refiere a alguien que no tiene el otro bagaje? Se llama a hacer este tipo de historia a alguien que nunca hizo historia social, que es hijo de los noventa y no de los sesenta.

JPB: Bueno, sí, estoy de acuerdo, pero también debemos evitar las trampas. Que sea mejor tener una base sólida de conocimientos sobre lo macro, sobre lo social y económico y más estructural para luego incursionar en la historia de las mentalidades, las subjetividades, etc., no quiere decir de ninguna manera que en la realidad, mentalidades y subjetividades y cultura estén sujetas por completo a lo macro. Las formas de estudiar no deben confundirse con las formas que asume lo real.

Creo que la historia de los sujetos individuales, de sus pasiones y sentimientos, que está acunada por lo social y económico, enriquecería mucho a la vez la comprensión de lo macro. Son fenómenos interdependientes y es sólo por razones de claridad, lógica y formación profesional que los diferenciamos. Insistamos: el lenguaje y nuestra manera de razonar son también una trampa, nos obligan a creer que sus necesidades representan lo real y a menudo sucede lo opuesto, lo oscurecen. Es aquello de Freud: uno habla para comunicarse pero también para ocultarse. El historiador lo sabe muy bien; cada documento informa tanto como oscurece.

El buceo en el interior de los sujetos ayuda a entender la época, la influencia de la época en el sujeto y del sujeto en la época. No se pasa en balde por el tiempo y uno se alimenta de él. Tampoco el tiempo pasa en balde por uno. Uno tiene derecho a pensar que su yo es algo más que el receptáculo del poder de lo social. Uno interactúa con lo social e incluso mi capacidad de resistencia a lo social es un hecho a considerar por la Historia. *Amor y transgresión* pretende algo de eso. Y mi último libro sobre la intimidad y el divorcio en el Novecientos, es eso.²¹

VM: Pero, ¿es posible hacer esa historia sin la enorme base que usted tiene o que tienen los franceses, de millones de series, de mucha acumulación de datos e información?

JPB: No, no es posible. Estoy de acuerdo.

20 La Universidad de la República otorgó el título de Doctor Honoris Causa al Prof. José Pedro Barrán en un acto celebrado el 12 de abril de 2007 en el Paraninfo de la Universidad en Montevideo. En la ocasión Barrán leyó un discurso donde entre otros aspectos reflexionó sobre la labor historiográfica.

21 J. P. Barrán, *Intimidad: Divorcio y nueva moral en el Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008).

Historia y nación

JY: ¿Se puede decir que cuando hacía historia económica estaba más ocupado en “los problemas del país” y que ahora está más bien centrado en usted mismo?

JPB: Sí. ¿Qué querés que haga un hombre a los 73 años sino algo que le guste hacer, un buceo en el interior de sí mismo? Además, vuelvo al argumento: si ahora describo “interiores” es también porque creo que ellos importan y contextualizan a los “exteriores”. Los historiadores casi nunca pasamos al dormitorio, con sus sueños y pesadillas, y olvidamos que a las horas del día y la luz, en que ocurre casi siempre lo macro, sucede la noche, en la que todo puede estallar y esa explosión repercutir en el día. Deberíamos oír más a Wagner y no sólo leer a Marx. Y leer a Dostoievsky.

La historia económica en este momento no tiene nada que ver conmigo, estoy muy lejos de ella. Tengo otros problemas, otras angustias, otras alegrías. Es que el buceo adentro de otros es un buceo adentro de uno. Pero me preocupa el país, siempre he sentido mucho al Uruguay, soy un nacionalista convencido.

VM: Como Pivel Devoto...

JPB: Es más, algunas ideas que tengo sobre las fechas patrias y el 25 de agosto están en Pivel, que las exageró un poco. Seguí buscando documentación que las avalara... ¡y lo conseguí! Fui a Inglaterra, miré lo que había publicado [el historiador uruguayo] Aníbal Barrios Pintos, el informe del cónsul inglés de 1825 y lo continué para hacer un libro de documentos.²² Es lindo porque te prueba que en 1825, en el mes de enero, antes de la Cruzada, el cónsul dice que había tres partidos políticos: el de la gente copetuda, los terratenientes, que querían el dominio imperial del Brasil pues otorgaba seguridad; el de los intelectuales, la gente de Montevideo que quería la unión con las provincias del ex virreinato (que recién comenzaba a llamarse Argentina); y la masa popular, no confiable y capaz de cualquier disparate o extremo, partidaria aún de la revolución artiguista y absolutamente hostil a Buenos Aires por sus “traiciones” pasadas. Esa gente quería la independencia absoluta. Son palabras del inglés.²³ No es casual que los enviados por [Manuel] Dorrego a negociar con el Imperio del Brasil escribieran: “La independencia absoluta siempre fue, por más que lo disimularan, el objetivo de los orientales.” Coincide con la tesis más extrema de [el historiador uruguayo] Pablo Blanco Acevedo.²⁴

JY: ¿Por qué le gusta encontrar las pruebas de eso?

JPB: ¡Porque soy uruguayo y las busco! Me da muchísima rabia que la ensayística de los cincuenta y sesenta haya insistido en la no viabilidad del país porque si insistí mucho, y a los intelectuales eso les encanta, el país termina siendo inviable.

VM: En la consulta que le hizo el Parlamento por el cambio de la fecha de la independencia, a raíz de la propuesta del senador [colorado Julio María] Sanguinetti, usted dice que no es

22 J. P. Barrán, Ana Frega y Mónica Nicolielo, *El cónsul británico en Montevideo y la independencia del Uruguay: Selección de informes de Thomas Samuel Hood, 1824-1829* (Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1999).

23 J. P. Barrán, “La independencia y el miedo a la Revolución social en 1825” en *Revista de la Biblioteca Nacional* 24 (1986), 65-77.

24 Pablo Blanco Acevedo *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1929); reedición en 2 volúmenes en Biblioteca Artigas, Colección Clásicos Uruguayos (Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura, 1975).

conveniente tocar demasiado esas cosas, que hay más de cien años de historia en juego.²⁵ Pero ¿hacer historia no es, precisamente, tocar todo el tiempo esas cosas?

JPB: Claro, como historiador –y como intelectual– se tiene el derecho a cuestionarlo todo, pero trasladar ese pensamiento y esa actitud, fruto de las ciencias, de la academia, de actuar “sin ira y con estudio”, a la celebración de las fiestas patrias ya hechas alma en el pueblo, en la gente, no. Además, tenemos argumentos históricos que avalan la complejidad del fenómeno y la tradición del país con respecto a esas fechas. En 1835, los diarios te hablan sólo de la Ley de Independencia. ¿No sabían lo que se había votado en el 25? ¿Por qué hablan sólo de eso? Porque se sienten amenazados por el Imperio y por la Confederación Argentina. Nada es gratuito, nada sucede sin consecuencias y riesgos políticos cuando se alude a este problema. Tan cargada de implicaciones estaba y está la tesis independentista como su contraria en relación al significado de las leyes de Agosto de 1825. Eso en 1835 y en el 2007.

VM: ¿A usted no le molestaría ser llamado “el historiador de la nación”?

JPB: Sería un honor inmerecido, porque nunca investigué eso, nunca dediqué un solo minuto a escribir sobre eso. Siento profundamente a mi país independiente. Me dan muchísima rabia los que creen que este país es inviable y los que pueden decir sin sentirse inquietos que nuestro destino es integrarse a algo más grande, la Argentina o el Brasil. ¿Qué se creen? ¡Cuánto luchamos para no hacer eso! ¿Se imaginan la historia uruguaya adentro de la historia argentina, con un [líder como el argentino Juan Domingo] Perón adentro? ¡Pero por favor! ¡Qué disparate! Somos un país democrático y muy tempranamente secularizado. No “sufrimos” la historia argentina y lo que más nos diferencia es, precisamente, nuestro derrotero histórico.

JY: ¿Nos está diciendo que no importa que el calendario cívico sea manipulado por razones de interés nacional?

JPB: No, yo no diría eso. A ese extremo no llego porque yo creo en la historia como ciencia y estaría del lado de los que critica [el historiador británico] Eric Hobsbawm.²⁶ La historia como ciencia no debe estar al servicio de las pasiones, pero estudiar el fenómeno de la construcción de la nación está bien y tampoco se debe estar al servicio de los que no creen en la nación.

VM: La respuesta de Caetano en cuanto al tema de las fechas es que las que tenemos ahora no responden a las exigencias del mañana, al Uruguay inserto en la región y el mundo, que impiden pensar en eso.²⁷ Un cambio de fechas, a su juicio, ¿permitiría un nuevo repertorio de valores cívicos?

25 En octubre de 2005 el entonces senador y secretario general del Partido Colorado Julio María Sanguinetti planteó en la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores la necesidad de rediscutir la conmemoración del 25 de agosto como día de independencia nacional. La Comisión requirió la opinión, entre otros, de Barrán, quien hizo llegar su opinión a través de un escrito fechado el 20 de mayo de 2006, advirtiendo los problemas que a su juicio entrañaba la propuesta de revisión del calendario cívico. El documento elevado por Sanguinetti a la Comisión del Senado se encuentra disponible en <<http://www.artigas.org.uy/archivos/pdf/colaboraciones/un%20necesario%20debate.pdf>>.

26 Eric Hobsbawm, *Nations and nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 1990 [*Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona: Crítica, 1991)]).

27 La versión taquigráfica de la sesión de la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Senadores del día 14 de julio de 2006 en la que participó Gerardo Caetano para brindar su posición a propósito de la propuesta de revisión de la fecha de celebración de la independencia se encuentra disponible en <<http://www.parlamento.gub.uy/indexdb/Distribuidos/ListarDistribuido.asp?URL=/distribuidos/caratulas/senado/S20061146.htm&TIPO=CON>>.

JPB: Pero ¿en qué fechas está pensando Caetano?

VM: Las Instrucciones del año XIII...

JPB: Eso es lo que propone Sanguinetti.

VM: Caetano está a favor de la reconsideración del calendario cívico.

JPB: Yo al calendario lo veo tan identificado con lo que la nación fue y quiso ser que me resulta difícil entender una reconsideración. Comprendo la idea de valorizar la democracia, pero de ahí a cambiar el calendario, no sé. Hay fechas que se pueden eliminar: el Grito de Asencio, incluso la Batalla de Las Piedras... pero el 25 de agosto, no. La insistencia en festejarlo desde 1835 es obsesiva porque la ven como una reafirmación de la independencia, no porque lo haya sido en sí misma (yo tampoco lo creo), pero sí porque necesitaban reafirmarla y por ello comenzaron a “crearse” un pasado. Lo científico es demostrar que ese pasado “reciente” fue creado y también advertir y estudiar los porqués de esa “invención”. Y luego, y ya como ciudadano y no académico frío, ponerse del lado de los que lo crearon porque nos querían o nos queremos independientes.

A veces uno se olvida que en 1860 la Argentina, que tantos problemas tenía para ser una nación, quería reconstruir el virreinato. [Los líderes argentinos Juan Manuel] Rosas y [Bartolomé] Mitre estaban en eso. Mitre, el 18 de julio de 1860 en el diario *La Nación* escribió: “luctuosa fecha: se festeja un nuevo aniversario de la separación de la Provincia Oriental.” Y en 1864 el turno de los brasileños y su invasión... Y en el 2006 y 2007, lo que ustedes quieran recordar... No, no... En ese plano, soy piveliano.

Historia reciente, historia contemporánea

JY: ¿Cómo se asocia su preocupación [por la nación en general y por el respeto al calendario cívico en particular] con la exhortación para que se enseñe la historia reciente? ¿Para qué enseñarla a los niños y jóvenes? La escuela y el liceo construyen la nación y el civismo [lo que está más vinculado a aquella otra historia].

JPB: Está bien. Cumple los objetivos de ilustrar, interesar y confundir esa enseñanza con un valor: el valor de la democracia y los derechos humanos. No había posibilidad de no defender la democracia en las aulas. No me parece un objetivo muy discutible.

VM: Pero lo ha sido. ¿Por qué? ¿Por qué generó tanta polémica? ¿Por qué es tan claro para usted y no para otros? Recordemos las protestas que vinieron sobre todo de políticos del Partido Nacional y algunos del Colorado contra la enseñanza de la historia reciente en las aulas, al punto de demandar la destitución de algunos de los profesores [contratados por la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP) para brindar cursos de actualización dirigidos a los docentes de la enseñanza media y primaria].

JPB: En realidad, yo no creo que el cuerpo docente tenga obsesión por la historia académica. El temor de los blancos no es desatinado. Parte del profesorado hace años que está identificado con la izquierda. Y como lee tan poco, funciona a partir del esquema de la izquierda.

VM: Pero eso vale para cualquier historia, no sólo la reciente.

JPB: Sí, es cierto. Usted puede hacer política partidista aún con el período colonial. Nunca usé esa expresión de “historia reciente”. Yo diría “historia contemporánea”. Lo de “historia reciente” es más bien periodístico.

VM: Pero se usa mucho, también en Estados Unidos o en Argentina. Refiere al quiebre de los años sesenta, para diferenciarlo de la Segunda Guerra Mundial, la posguerra y la Guerra Fría.

JPB: Pero ¿cuándo va a terminar?

VM: Y... con uno, viene con uno...

JY: La Revolución Cubana ya no es un hecho reciente.

JPB: No. Pero lo cierto es que la historia de la dictadura estaba lejos de enseñarse. No se enseñaba excepto en los programas implementados durante el período de [Germán] Rama [como presidente del Consejo Directivo Central (CODICEN) de la ANEP]. El mismo Rama decía que todavía se daban los fenicios y los alumnos no sabían nada de la historia de Brasil y Argentina. Eso no puede ser. A veces hay que optar.

JY: Ese [la ausencia de una mirada regional cuando se enseña historia nacional] es un problema distinto, que no se resuelve con la introducción de la historia reciente.

JPB: Es cierto.

Desaparecidos

JY: ¿Por qué aceptó participar en la coordinación [junto con Álvaro Rico y Gerardo Caetano] de la investigación sobre los detenidos desaparecidos y el terrorismo de Estado encargada por la Presidencia de la República?

JPB: Le dije al Presidente [Tabaré Vázquez], que me llamó, que estando yo en el CODICEN no podía hacer mucho. Finalmente, se investigó y publicó con la coordinación de Rico y la supervisión nuestra.²⁸ A esta altura creo que me han convertido en una especie de figura académica “a usar”, que prestigia muchas cosas.

JY: ¿Como que “si está Barrán” se supone que va a ser más objetivo?

JPB: No, no es eso. Pero las correcciones que en pro de eso le sugerí a Álvaro Rico llegaron al ínfimo detalle. Álvaro me dice que tengo un olfato grande para ver donde se cuelan las posiciones personales. Es cierto. Lo sé hacer cuando yo escribo y cuando leo lo de los demás. Lo que más me molesta es la ira. Se nota enseguida y le quita valor a lo que no es ira. Carlos Zubillaga, un gran historiador, a menudo cede a su “pasión” religiosa que tanto lo ilumina como lo oscurece. Su historia del movimiento obrero, erudita y novedosa, se empequeñece como aporte al sostener que los católicos tuvieron tanta importancia en su nacimiento como los anarquistas y socialistas.

JY: Pero volvamos a la pregunta: ¿por qué aceptó integrar la dirección de la investigación sobre los desaparecidos?

JPB: En este caso estaba más convencido que con la asunción del cargo en el CODICEN. Fue más sentido como un deber cívico al que podía y debía acceder. Es claro que a la larga esa investigación va a contribuir al conocimiento del horror de la dictadura y es para mí absolutamente clave que la sociedad se forme en el horror al autoritarismo y el totalitarismo. Es importantísimo. Lo dije en el Paraninfo [al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de la República] y lo siento profundamente. Los ideales de la Revolución Francesa para mí, como para la burguesía

28 Álvaro Rico (coordinador), *Investigación Histórica sobre Detenidos Desaparecidos en cumplimiento del Art. 4º de la Ley 15848*, 4 volúmenes (Montevideo: Presidencia de la República-Dirección Nacional de Publicaciones e Impresos Oficiales, 2007).

de aquella época, siguen siendo esenciales, sobre todo el de la libertad del cual derivan todos, porque si no hay libertad, la igualdad y la fraternidad tampoco funcionan. No hablo de Danton, que era un corrupto...

VM: Todo puede ser corrupto...

JPB: En esto de la libertad soy un liberal. Y esa identificación con la libertad política irrestricta no siempre ha sido propia de la izquierda, al menos de la marxista, por desgracia.

VM: ¿La denuncia del horror de la dictadura puede dar pie también a otra lectura en términos de lucha de clases o enfrentamiento de modelos sociales?

JPB: Sí, pero lo clave de una dictadura es el poder autoritario, el poder de hacer cualquier cosa sin necesidad de dar cuenta a nadie. El horror de lo que hicieron es mucho mayor de lo que uno suponía. Fue todo mucho peor de lo que pensaba.

JY: ¿Conoció “otra dictadura” a partir de esta investigación?

JPB: Yo viví esa época. Quien vivió esa época aquí en Montevideo sospechaba cosas, sabía, temía... es algo propio del Estado totalitario. Ahora lo ves. Las fichas [de los detenidos desaparecidos elaboradas para esa investigación] lo dicen. Yo leí todo el material con cierta meticulosidad y es pavoroso. El primer día me sentí horrorizado, no podía seguir leyendo... pero alimentaba mi ansia de libertad.

VM: ¿Y su imagen de las víctimas cambió?

JPB: Se enriqueció. Muchos no eran sólo víctimas o, mejor, eran víctimas pero, si lees la ficha policial [surge que] no eran “niños de pecho”, digamos. No surge la idea de que eran todos inocentes, surge la idea de que estaban comprometidos políticamente y que por eso les hicieron lo que les hicieron. Eso permite entender a las fuerzas represivas. No surge con claridad el asunto de la corrupción de los militares y los grupos guerrilleros con el dinero... Pero ésta [que se publica en el informe] no es una historia vinculada a todos los uruguayos, sino sólo a los detenidos desaparecidos. Le insistí mucho a [el entonces Secretario de la Presidencia de la República] Gonzalo Fernández que se aclarara que esta no es una historia de toda la represión porque si no tendría que haber blancos y colorados, sobre todo blancos [también entre las víctimas de la persecución]. Y ese es un punto, creo, a favor de mi obsesión por la objetividad.

Labor intelectual y gestión pública

JY: [Al ser designado vicepresidente del CODICEN] Aceptó por primera vez en su vida un cargo público de confianza política.

JPB: La primera y la última.

JY: ¿Qué lo llevó a romper con una posición de no involucrarse en responsabilidades políticas? Incluso en la Facultad [de Humanidades y Ciencias de la Educación] lo habrán tentado para ocupar algún cargo o postularse a él, pero para seguir con la investigación usted optó por no asumir responsabilidades más allá del Departamento de Historia del Uruguay.

JPB: Si querés que te diga la verdad, yo llegué a ese puesto público y político porque me lo pidieron encarecidamente y soy una persona a la que le cuesta mucho decir que no, cuando debería haber dicho que no. No soy un hombre público, nunca me interesó militar. Soy un hombre de izquierda pero no milité casi nunca. En la Facultad, los cargos de consejero tienen un matiz

político, en el mejor sentido de la palabra, son cargos públicos, pero yo soy incapaz de dar mucho de mí mismo en esos cargos. La presión fue mucha y fue una debilidad de mi parte. No debí haber aceptado nunca. Quería hacer lo que me gustaba y para lo cual, creo, tenía condiciones.

JY: ¿Quién se lo pidió?

JPB: “Nuestra fuerza política”, como se viene diciendo... No había cosa que me desagradara más que hablar de “nuestra fuerza política”.

JY: Es que no les gusta decir “nuestro partido”.

JPB: Una estupidez. Una fuerza política se concreta en un apoyo masivo y, sobre todo, en personas concretas. Me lo pidieron personas, no el Presidente, y sentí la presión. También estaba el hecho de cumplir con un deber, colaborar, prestigiar. ¡Había tan poca gente! No es que se hayan apartado los intelectuales de la política... No quieren estar en la política y a veces por razones, como las mías, puramente egoístas. El egoísmo de la gente hoy en día... La sensación de compromiso con el colectivo no tiene ya prestigio. Estando en el CODICEN, hemos ofrecido cargos y responsabilidades y alguna gente [en forma] asombrosa, con un individualismo extremo, se negó a aceptarlos. Están más consustanciados con la academia, son más profesionales. La Facultad de Ciencias Sociales ha contribuido a todo eso. Los oís a los politólogos y realmente hacen un análisis equilibrado y bastante objetivo de la política actual. Oigo a [Daniel] Chasqueti y me gusta. Ve las cosas con inteligencia y no se le ve tanto el corazoncito como a algún otro.

Ahora, no todo en la reticencia al compromiso es debido al individualismo o al egoísmo. Es también el deseo de mantener la independencia del intelectual frente a la política partidaria y su exigencia de lo que antes se llamaba “compromiso”. De todas formas, el negarse a aceptar responsabilidades políticas es tanto una actitud cómoda como una actitud respetable si se fundamenta en el principio de que el intelectual mantenga su independencia de la política partidaria, algo que estando en estos cargos públicos es imposible. Es muy difícil. Pivel fue Ministro de Cultura, concejal [departamental] en el gobierno de Montevideo. Pivel era muy distinto a mí: se apasionaba por la política, había escrito sobre ella, la conocía al dedillo y le encantaba. Allí no había alteración posible de la personalidad. Ser político era cumplir finalmente su destino. Además tenía otro principio muy claro, la del servicio al Estado, el servicio público, era un apasionado de eso. Pivel era un hombre del servicio público, estaba al servicio del Estado y no era un hombre crítico de los servicios públicos en manos del Estado. Al contrario, los defendía. Me acuerdo de las peleas que tuvo con [la imprenta] Barreiro y Ramos que editaba [la colección de] Clásicos Uruguayos. Los controlaba como nadie. Pivel era lo que se decía de [el presidente Juan Lindolfo] Cuestas: “el perro dogo de las finanzas públicas”. Era como un sabueso buscando el engaño en defensa de los dineros públicos.

VM: Entonces, ¿no hay más intelectuales orgánicos? En el gobierno hay mucha gente de la Universidad...

JPB: ¿Intelectuales?

VM: Provenientes de las ciencias aplicadas o puras como María Simon [entonces presidenta de ANTEL] o Ricardo Erlich [entonces Intendente Municipal de Montevideo]. Ambos fueron decanos de sus respectivas facultades.

JPB: Bueno, son técnicos o vienen de las ciencias duras. Es más fácil para ellos ponerse al servicio del Estado porque el Estado los respeta en su saber. Con nosotros, los de las ciencias sociales, es más difícil. No tenemos las cosas demasiado claras.

JY: ¿Dudan demasiado?

JPB: Si, y eso hace que ellos también duden de nosotros porque estamos en un lugar donde el debate y la reflexión política se instalan y molestan.

JY: Usted se inició en la producción historiográfica en la década del sesenta, con una intelectualidad que marcaba el camino. ¿Qué piensa de la intelectualidad uruguaya hoy?

JPB: Supongo que sabe más, tiene mejor formación. Eso le permite, tal vez, enjuiciar más a las ideologías, defender lo profesional y percibir mejor la diferencia entre el mundo de la política y el mundo académico. Gerardo [Caetano] para mi es casi un modelo del intelectual a imitar por lo bien que ha logrado congeniar su formación, su insistencia en el estudio, con sus deberes cívicos. Me parece que no ha sido devorado por ellos como intelectual y a la vez ha enriquecido el campo de la política con sus reflexiones. También lo deben haber presionado y llamado, pero con más sabiduría que yo, dijo no.

JY: [Pero] La intelectualidad de hoy tiene menos capacidad de orientar a la sociedad y de marcar rumbos que aquella de los sesenta. No hay un [Carlos] Real de Azúa, un Ángel Rama, un Carlos Quijano, que eran referentes.

JPB: No, pero estás mencionando a gente que era privilegiada por su inteligencia notable, con una gran voluntad de influir en la sociedad.

VM: Entonces, aquello fue lo raro... lo normal sería lo que hoy vemos.

JPB: Si, lo que ocurre es que los intelectuales del siglo XIX eran intelectuales en serio y eran también políticos. Era un grupo pequeño y la gente disponible era escasa. Fue pasando el tiempo y esa relación entre el intelectual y la política se fue disolviendo. La [generación] del cuarenta al sesenta [del siglo XX] sospecho que fue la última que vivió intensamente esa relación donde el intelectual estaba llamado también a hacer el país.

VM: Pero era una generación de transición. A diferencia de los letrados del siglo XIX, reivindicaba su independencia para opinar...

JPB: Si, pero opinaban mucho de política. Eran muchos de izquierda y contribuyeron a formar el Frente Amplio. Pero hoy no sé qué intelectuales aparecerían como vinculados a lo político en ese sentido tan estricto.

¿Maestro sin discípulos?

VM: [Para terminar] ¿Cómo se enseña hoy a ser historiador?

JPB: No sé si se enseña. Son enseñables las reglas que, por suerte, no son recetas. Es posible enseñar algunas reglas, pero el consejo de Pivel es el mejor: primero los ladrillos y después la casa. Cuantos más ladrillos tengas, aunque deseches algunos, mejor será la casa.

VM: Después de veinte años al frente del Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades, ¿siente que hizo un magisterio, que hay discípulos?

JPB: ¿Querés que te conteste con una sola palabra, un poco decepcionante o desencantada? No. No porque no me hayan seguido, que de eso no se trata. Yo no soy un mal docente. Tengo cierta seducción en los alumnos, pero la mayoría de ellos en historia y ciencias sociales, ya vienen con las conclusiones en la cabeza, con todo sabido. Buscan justificar lo que creen, sobre todo los ideologizados. A veces hacen añorar la inocencia.

JY: Y en los historiadores jóvenes, ¿no ve huellas?

JPB: No sé. Mi relación con Gerardo Caetano, por ejemplo, tampoco es de alumno a maestro. Me ha servido mucho él a mí. A veces me abre panoramas. Es una de las personas más ricas intelectualmente, muy valiosa. Lee mucho, tiene preguntas, pero no creo que sea mi alumno. Se formó en el IPA, estuvo en el CLAEH [Centro Latinoamericano de Economía Humana] y conmigo hizo una amistad muy intensa.

JY: En ocasión de la entrega del Doctorado Honoris Causa que Ud. recibió en la Universidad de la República, Gerardo Caetano dijo: “Barrán ha sido más citado que leído y más leído que comprendido.”

JPB: No estoy seguro de eso. Más citado que leído puede ser con *La historia rural*, que es un mazacote, pero no tengo pruebas de que me hayan malinterpretado. Pero son textos de historia, no son filosóficos. De cualquier manera, Gerardo tiene algo de razón, en particular referido a la *Historia de la sensibilidad*. Hubo y hay lectores que sintieron mi descripción del mundo bárbaro y su apoteosis de lo lúdico como una añoranza... y sobre todo como una condena implícita de la apoteosis del trabajo, valor burgués. Ser de izquierda tiene a menudo resonancias intelectuales insospechadas: lo burgués es obsesivamente presentado como lo que acecha por doquier...